

que le atribuyen tanta autoridad como á los escritos de los apóstoles, sin duda á causa de la sencillez del estilo, y de la pureza de la moral que se encuentra en él. Otros, como S. Jerónimo y S. Prásero, hicieron poco caso de él. Un concilio de Roma bajo el papa Gelasio, del año 496, le puso en el número de los libros apócrifos, es decir, de los libros que no son canónicos, ni reputados como formando parte de las Sagradas Escrituras; no por esto está reprobado como malo ó como indigno de crédito.

Pero los críticos protestantes le han juzgado con mas rigor. Brucker, *Hist. crit. filosof.*, t. 3, p. 232, dice que *el Pastor* es la obra de un autor visionario y fanático, imbuido en las opiniones de la filosofía oriental, egipcia y platónica; presenta como prueba de lo que dice, l. 1, *Mand.* 6, que cada hombre está solicitado y gobernado por dos genios, uno bueno y otro malo, de los cuales el primero le sugiere el bien y el otro el mal, dogma, dice Brucker, que viene evidentemente de los filósofos griegos y orientales. ¿Quería respondera este crítico, si se le dijera que Lutero su patriarca tomó de los orientales lo que dice sobre que la voluntad del hombre es como una cabalgadura, que si lleva á Dios, va adonde quiere Dios, que si lleva á Satanás, marcha adonde le agrada á Satanás? Cotelier y el Padre Le Nourry hicieron ver que el pasaje de *Hermas* no es mas que una alegoría, y que el fondo de su pensamiento puede haber sido sacado de los libros santos.

Nosotros haremos ver en otra parte cuál es el interés de sistema que ha llevado á los protestantes á desacreditar tanto como han podido á los autores eclesiásticos mas antiguos, y á éste en particular.

Nosotros nos limitaremos á sostener que el libro de *Hermas* está exento de error, que es respetable por la pureza de la moral que enseña, que es un monumento de santidad de las costumbres de la Iglesia primitiva. Se le encuentra en el primer tomo de los *Padres apóstolicos*, edición de Cotelier; M. Fleury, en su *Hist. ecles.*, t. 1, l. 2, n. 44, ha dado de él un extracto muy extenso.

Mosheim, *Hist. crist.*, p. 166, no se contenta con tratar á este autor de supersticioso é insensato; le acusa tambien de impostura y de fraude piadoso. Se ha tenido por inspirado, fide, y haber sido instruido por un ángel bajo la forma de pastor: quería que su libro fuese leído en la iglesia como las Sagradas Escrituras. Los romanos participaron de este fraude, porque tuvieron á bien el que

este libro fuera leído por los fieles, aunque no lo hicieron leer en la iglesia. En el siglo segundo se permitían ya los fraudes piadosos sin escrúpulo.

Pero ¿pluguiese á Dios que los protestantes no se hubiesen permitido supercherías mas odiosas que las que se atribuyen á los cristianos del segundo siglo! Mosheim abusa aquí de la libertad de calumniar. *Hermas* pudo, sin impostura, persuadirse de que el pastor que le habia hablado era un ángel: pudo tambien creerse instruido por un ángel, sin darse por inspirado, y pudo desear que su libro fuese leído en la iglesia, sin ponerle á la par de las Sagradas Escrituras, pues que, segun el testimonio de los antiguos, se leía allí la primera carta de S. Clemente. Aun cuando los romanos no hubiesen aprobado el disfraz que *Hermas* eligió para hacer agradable su lectura, ¿no pudieron aconsejarla, porque la juzgaban útil? Todas las consecuencias que Mosheim deduce de estos hechos son falsas, y no prueban mas que su malignidad. V. FRAUDE PIADOSO.

Le Clerc ha juzgado de este autor con mucha mas moderación; hasta le ha disculpado de muchos errores que se creian ver en él. *Hist. ecles.*, año 69, § 7.

Dice Feller que S. *Hermas* era originario de una familia distinguida romana, y el mismo á quien saluda S. Pablo en la carta á los romanos; que no obstante de considerarle Orígenes como autor del libro titulado *El Pastor*, es mas verosímil que este libro fué compuesto por otro *Hermas*, antes de la persecucion suscitada por Domiciano el año 95; que dicha obra es titulada *El Pastor*, porque habla en ella un ángel bajo la figura de pastor; y que está dividida en tres partes: las *Visiones*, los *Preceptos* y las *Semejanzas*. Añade que se ha perdido el original griego, y que sólo queda de él una versión latina, impresa en la *Biblioteca de los Padres*. El martirologio romano coloca el 9 de mayo la fiesta de S. *Hermas*, y los griegos la celebran el 8 de marzo y el 5 de octubre.

* **Hermenéutica Sagrada.** La *hermenéutica* en general es el arte de interpretar el sentido de un libro: cuando se aplica á la Sagrada Escritura toma el nombre de *hermenéutica sagrada*. En lugar de la palabra *hermenéutica*, él empleaba con frecuencia la de *exégesis* ó *exegético*, como se dice exigeta por *interprete*. V. * EXÉGESIS NUEVA y EXÉGETAS ALEMANES.

Con el título HERMENÉUTICA SACRA, seu *introductio in omnes et singulos libros sacros veteris ac novi foderis*, ha publicado J. H.

Janssens, profesor de Sagrada Escritura y de teología dogmática en el seminario episcopal de Lieja, una preciosa obra, rica en prolegómenos, conocimientos, y noticias preliminares para el estudio de las Sagradas Escrituras. Recomendase este libro por su método, precisión y claridad, así como por la copia de curiosas notas que acompañan al texto, muy propio ciertamente para los jóvenes que se dedican á la carrera eclesiástica. En 1843 se ha hecho en Paris una edición de la obra citada en dos tomos que forman un solo volumen en 8°. El objeto del autor es no solo suministrar á los jóvenes levitas reglas y conocimientos previos para la inteligencia de los libros santos, sino prevenirlos contra las objeciones que los protestantes é incrédulos han hecho acerca de la autenticidad é inspiración de aquellos.

Diride el autor su obra en cinco capítulos: establece en el primero la canonicidad de todos los libros sagrados, de que hace mención el canon Tridentino; prueba en el segundo la divinidad é inspiración de los mismos; convence en el tercero la autenticidad del sagrado texto; en el cuarto asienta la integridad sustancial del texto original, y presenta la autoridad, utilidad y uso, así de este como de las antiguas versiones, y en especial de la Vulgata; en el quinto establece reglas generales y particulares para entender é interpretar debidamente la Sagrada Escritura; y refiere en el tercero las objeciones de los deístas, combatiéndolas victoriosamente con todo género de armas. Voltaire, Rousseau, Raynal, Helvecio, Tindal, Collins, Bolingbroke, Morgan, Browne, de Cherbury, Edelman, Hazfeldt y todos sus discípulos quedan pulverizados en la obra en cuestión. Por manera que desde Celso, Porfirio, Hierocles, Juliano y demás filósofos gentiles, hasta los incrédulos y racionalistas de nuestros dias, herederos de los errores de aquellos, y hasta del usurpado nombre de filósofos, aparecen en esta lid legítimamente vencidos.

* HERMENÉUTICA. V. AUTÉNTICA.

* **Hermesianismo.** Doctrina que ha ejercido recientemente en Alemania una influencia perjudicial para la pureza de la fe, y que tomó su nombre de Jorge Hermés, nacido en 1775 en Dregelwald, en Westfalia; después fué profesor de teología en Munster y Bonn.

En 1819 apareció el primer volumen de su *Introducción á la teología cristiana católica*: esta primera parte contiene la *introducción filosófica*. El segundo volumen, que contiene la *Introducción positiva*, apareció en 1829. El

tercero se publicó despues de la muerte del doctor Hermés en 1834, por el abate Achterfeld, bajo el título de *Dogmática cristiana católica*.

Hermés y sus discípulos querían defender la creencia católica contra los ataques de la filosofía alemana moderna. Viendo que la nueva terminología filosófica exigía respuestas nuevas por parte de los católicos, para la filosofía escolástica trataron de sustituirla con una apropiada para las necesidades de la época, y no se apercebieron que al crear cambiar los términos cambiaban tambien su esencia.

Para conciliar los deberes de la fe ortodoxa con lo que Hermés llamaba los intereses del pensamiento humano, este teólogo se dedicó á crear un sistema que comprendiese á la vez las exigencias del pensamiento mas severo y las de la mas pura ortodoxia, dando una demostración rigurosamente filosófica del catolicismo.

En todas las filosofías hasta Hermés tácita ó abiertamente se suponía que el cristianismo era una verdad; despues se trataba de apoyarla por medio de las demostraciones filosóficas; esto es lo que se ha denominado *duda metódica, duda negatica*; la cual, en sus verdaderos limites no es una duda verdadera: Hermés, por el contrario, hizo *positivamente* abstracción de todo lo que creía, de todo lo que sabia; supuso que nada habia de cierto ni de verdadero en el mundo, no solo en cuanto á la religion católica, sino en orden á cualquiera otra verdad, tal como la existencia de Dios, etc.; esto es lo que se llama *duda positiva*. Tomandose *duda positiva* en su punto de partida, trató de vencerla con solo las luces y fuerzas del pensamiento, y encontrar un primer principio de cognición, sobre el cual pudiese con solidez levantar sucesivamente y por medio de una ensueña rigurosa la verdad simple, la verdad religiosa, la cristiana, la católica; de tal manera que se encontrará autorizado para poner á todo el mundo este dilema: ó no existe la verdad, ó es el catolicismo.

En sus dos primeros volúmenes, *Introducción filosófica é Introducción positiva*, Hermés no se ocupa positivamente de los dogmas de la religion católica; trata en ellos de los principios generales del conocimiento humano y su conexión recíproca. En la *Introducción filosófica* busca el primer fundamento de todo conocimiento, que cree ser el pensamiento; de esto deduce el mundo interior y exterior, Dios, sus cualidades, la necesidad de una revelación, la posibilidad de conocerla. En la *Introducción positiva*, Hermés, par-

tiendo del punto en que acaba de detenerse, investiga cuáles son los manantiales de la revelación divina inmediata, los encuentra en los libros santos, en la tradición y en el misterio apostólico que reside en el seno de la Iglesia. Estas son poco más ó menos las cuestiones que tratan la mayor parte de los libros de la filosofía. Lo que era propio de Hermés, lo que constituía la esencia de su sistema, es que aplicaba á cada una de las verdades que quería establecer el método de demostración que había inventado.

Al decir que el hermesianismo toma como punto de partida la *duda positiva*, hemos dado á entender que era indispensable de antemano un escepticismo completo, para que la inteligencia humana pudiese adquirir la certeza. Ahora bien; el entendimiento humano no pasa necesariamente por la duda antes de llegar á una convicción razonable y segura. ¿Tiene necesidad el hombre de pasar por la duda, para tener una certeza, de su propia existencia y de la de los objetos que le rodean? La inteligencia no puede vacilar, ni aun por un momento, antes de creer los primeros principios en cada orden de conocimientos, en los axiomas y por lo común en las conclusiones inmediatas que se deducen de ellos. Por lo tanto existe un gran número de verdades, sobre las cuales, anteriormente á toda duda, se tiene una convicción completa racional, que todos los esfuerzos de todos los escépticos del mundo no podrían debilitar.

Para apreciar ahora el método de demostración de Hermés, añadiremos que reconocía dos: el *teórico*, que determina una certeza físicamente necesaria, y el *práctico*, del que se deduce una certeza moral.

A fin de establecer *teóricamente* una verdad, buscaba un hecho que fuese un efecto necesario de la verdad que iba á demostrar; después tenía que probar que esta causa era la sola posible. La fuerza de su demostración *teórica* se deducía de este raciocinio: No hay efecto sin causa; hé aquí pues un efecto que sería necesariamente producido por la verdad que trate de demostrar y que no puede serlo por otra; luego esta verdad es *físicamente cierta*.

Procedía absolutamente de la misma manera para demostrar una verdad cualquiera por la *razon práctica*. Solo que en lugar de un hecho físico buscaba un deber moral, que debiese resultar necesariamente de la verdad que quería establecer; después tenía que probar que dicha causa era la única que podía engendrar esta obligación; de ello de-

ducía que la verdad que había emprendido demostrar era *moralmente cierta*.

Partiendo de la *duda positiva*, es absolutamente imposible probar una verdad cualquiera; porque una verdad no se demuestra sino deduciéndola rigurosamente de un principio infalible; ahora bien, el que tiene la *duda positiva* no está seguro de un solo principio, y tampoco lo está de la exactitud de su argumentación. El punto de partida del sistema contenía pues una verdadera contradicción: no se duda de todo, cuando se cree tener en las luces del pensamiento una base sobre la cual se pueda reconstruir de una manera inalterable todo el edificio de los conocimientos humanos. Así Hermés se veía obligado á desmentir el mismo su principio de *duda positiva*, admitiendo sin prueba la certeza de un primer hecho físico ó de un primer deber moral; de otra suerte jamás le hubiera llegado á establecer. Por consiguiente su sistema se apoya sobre un cimiento ruinoso.

La demostración *práctica* contiene por otra parte una verdadera petición de principio. Para establecer un hecho supone la certeza de la obligación que de él resulta; deduce por ejemplo que tal cuerpo es un cadáver, porque existe un deber moral para enterrarle; al paso que el deber de enterrar no existe sino en el caso en que la muerte fuese de antemano segura. Racionalmente es preciso probar el hecho y deducir de él la obligación moral; Hermés, por el contrario, *supone* la obligación para deducir el hecho; por lo tanto su método es irracional.

Nada es menos fácil que servirse de su sistema para descubrir la verdad.

1º Los mismos hermesianos confiesan que hay muy pocas verdades *teóricamente* demostrables, y por consiguiente de las que se pueda tener un conocimiento *íntimo, intrínseco, pleno y perfecto, adquirido absolutamente por la certeza física*. Y aun cuando ellos no lo confesaran, no sería por esto menos palpable: porque para decidir que una causa es la única que hasta para producir tal efecto, sería preciso conocer todas las fuerzas de la naturaleza: porque si el mismo efecto pudiese ser indiferentemente el resultado de muchas causas diversas, no se tendría derecho para deducir de él la existencia de una mas bien que de la otra.

2º Las verdades demostradas *prácticamente*, es verdad, muy numerosas; pero es preciso saber que en los principios de Hermés la certeza moral es menos una verdadera certeza que una probabilidad suficiente

para obrar razonablemente, un medio acaso menos plausible de eludir las absurdas consecuencias á que conduciría en el comercio de la vida el sistema de la *duda absoluta*.

3º Según la opinión hermesiana, no estaríamos ciertos de ninguna verdad, á menos que ascendiendo de efectos á causas, no se pudiera enlazarla necesariamente con la verdad primera: este trabajo no hace el método hermesiano de una aplicación muy fácil. Y además, después de todo esto, no se llegaría á establecerse solidamente una sola verdad; porque por una parte la demostración *teórica* es poco menos que imposible, y por otra la demostración *práctica* no excluye todo temor de errar; nos enseña, no lo que es verdad en sí, sino lo que estamos en la necesidad de suponer, si queremos obrar concienzudamente.

4º El sistema pudo seducir á algunos entendimientos por la destreza con la cual Hermés refería las verdades las unas á las otras; pero no es menos cierto que el método es oscuro, que procede de una manera abstracta, sutil y enteramente arbitraria; supone demasiados esfuerzos de imaginación en la investigación de las pruebas para no ser realmente inaplicable.

Nos limitaremos á indicar algunas consecuencias absurdas que se desprenden del sistema hermesiano.

Si se admitiera la *duda positiva*, se seguiría:

1º Que el hombre debería rechazar la verdad conocida, destruir en sí todas las nociones del bien y del mal, y vivir en este estado hasta que hubiese reconstruido la obligación de observar todas las leyes divinas y humanas.

2º Que antes de Hermés nada había de cierto en el mundo.

3º Que la inmensa mayoría de los hombres es incapaz de llegar á la certeza, porque hay muy pocos que puedan reconstituir la verdad, y aun apreciar bien el encadenamiento de las verdades entre sí.

4º Que habría obligación de creer todos los errores á que sería uno arrastrado por las falsas deducciones, y después obrar consiguientemente á esto mismo.

Aunque la intención primitiva de Hermés haya sido el dar una demostración racional y rigurosa del catolicismo, su sistema es contrario á la fe.

1º Sus pretendidas deducciones rigurosas le han conducido á una multitud de cosas absurdas y opeestas á la doctrina de la Iglesia católica, principalmente sobre la esencia de Dios, su santidad, su justicia, su libertad, el fin que se propone en sus obras, los argu-

mentos que sirven por lo común para probar y confirmar su existencia sobre los motivos de credibilidad, las Sagradas Escrituras, la tradición, la revelación, la primacía de la Iglesia, la naturaleza de la fe, la regla que determina su objeto, la necesidad de la gracia, la distribución de las recompensas y la aplicación de las penas: por último, sobre el estado de nuestros primeros padres antes de la caída, sobre el pecado original y las fuerzas del hombre caído.

Hermés hacía revivir algunos errores ya condenados, por ejemplo, en los pelagianos, los protestantes y los jansenistas.

2º Presentando la *duda positiva* como base de toda investigación teológica, quería que cada uno se esforzase en rechazar desde luego la fe para reconstruir en seguida el edificio con la única ayuda de la razón. Así, permitía renunciar á las verdades religiosas, por lo menos por algún tiempo, á saber, durante el exámen; establecía la razón como la regla principal de la fe y el único medio que tenemos para llegar á ella; substituía creencias puramente racionales á la fe sobrenatural, de la cual es principio la gracia, la ciencia y la veracidad divina con el motivo, y cuyo objeto permanece oscuro, « porque la fe es una plena convicción de las cosas que no se ven. » (Part. 3ª, c. 23, v. 8.) No es, pues, de admirar que la Iglesia repruebe el hermesianismo.

Buscar un principio natural del que se pudiese rigurosamente deducir todas las verdades, era mas que una imprudencia.

1º Era injurioso para las escuelas católicas, para los doctores, los PP. y la Iglesia entera; era conceder que hasta Hermés la divinidad de nuestra santa religión no estaba rigurosamente demostrada.

2º Era comprometer la autoridad de la Iglesia, haciendo depender su verdad del éxito muy problemático de la nueva demostración.

3º Esta tentativa era el resultado de una presunción sin límites; era preciso una confianza en sí mismo y un orgullo excesivo, para tratar de encontrar en las solas luces de su pensamiento una base sólida para todos los conocimientos naturales: porque, para obtenerla, hubiera sido preciso comprender el conjunto y el encadenamiento de todas las verdades físicas, intelectuales y morales, y no encontrar un solo misterio en la naturaleza. (Part. 3ª, c. 28, v. 3.)

4º Con relación á las verdades de la fe, la sola investigación de un principio natural y comprobante era, ya opeuesto á la verdadera doctrina; era suponer que no había misterio indemostrable para la razón; nada que el

Durante la secuestro del arzobispo, las medidas que había tomado fueron revocadas en gran parte; pero el *hermesiano* triunfante encontró adversarios en M. Geissel, dado por coadjutor á M. Droste de Wischering, y en M. Arnoldi, nuevo obispo de Tréveris.

Hermias. Filósofo cristiano del segundo ó tercer siglo de la Iglesia; hizo una sátira contra los filósofos paganos, en la cual pone en ridículo sus disputas y contradicciones con respecto á las cuestiones mismas que nos interesan mas de cerca. Hace ver que estos llamados sabios no están de acuerdo ni sobre el primer principio de las cosas, ni sobre el gobierno del mundo, ni sobre la naturaleza del hombre, ni sobre su destino. Se ha cotocado esta pequeña obra á continuación de la de S. Justino, en la edición de los benedictinos. Al menos no acensarán los críticos protestantes á este autor de haber sido doctrinado por los filósofos orientales, egipcios, pitagóricos, platónicos ó otros: hace profesion de despreciarlos á todos igualmente.

Hermiatitas ó Hermianos. Herejes del siglo II, discípulos de un cierto Hermias, diferente del que acabamos de hablar. Este era de las opiniones de Hermógenes: enseñaba que la materia es eterna, que Dios es el alma del mundo, que por consiguiente está revestido de un cuerpo; esta era la opinion de los estoicos. Decía que Jesucristo, ascendido al cielo despues de su resurreccion, no había llevado el cuerpo, sino que le había dejado en el sol de donde le ha tomado; que el alma del hombre se compone de fuego y de aire sutil; que el nacimiento de los hijos es la resurreccion, y que este mundo es el infierno. Así es como alteraba los dogmas del cristianismo para acomodarlos al sistema de los estoicos. Pero si esta religion no hubiese sido mas que un tejido de imposturas, y sus partidarios una porcion de ignorantes, como los incrédulos modernos se atreven á describirlos, los filósofos del siglo II no se hubieran tomado seguramente el trabajo de conciliarlo con su sistema de filosofía. Filastro, de *Her.*, c. 35 y 36; Tillemont, t. 3, p. 67, etc. V. HERMOGENIANOS.

Hermogenianos. Herejes sectarios de las opiniones de Hermógenes, filósofo estoico, que vivía á fines del siglo II. Tuvo por principales discípulos á Hermias y Seleuco; por esto los *hermogenianos* fueron llamados hermianios, hermiasitas ó hermiasitas, seleucianos, etc. Se multiplicaron principalmente por la Galacia.

El error principal de *Hermógenes* era el suponer, como los estoicos, la materia eterna é

increada, y este sistema fué inventado para explicar el origen del mal en el mundo. Dios, decía Hermógenes, sacó el mal de sí mismo, ó de la nada, ó de una materia preexistente: no pudo sacarle de sí mismo, porque es indivisible, y porque el mal jamás pudo formar parte de un ser soberanamente perfecto; no pudo sacarle de la nada, porque no hubiera sido dueño de producirlo; y habría derogado su bondad al determinarle; luego el mal provino de una materia preexistente, coeterna con Dios, y cuyos defectos no pudo corregir.

Este raciocinio peca por el principio: supone que el mal es una sustancia, un ser absoluto, lo cual es falso. Nada es malo sino en comparacion á un bien mayor; ningun ser es absolutamente malo, el bien absoluto es el infinito; todo ser criado es necesariamente limitado, por consiguiente privado de algun grado de bien ó de perfeccion. Suponer que porque Dios es infinitamente poderoso puede producir seres infinitos ó iguales á sí mismo, es un absurdo.

Para establecer su sistema, Hermógenes traducía así el primer versículo del Génesis: *Del principio ó en el principio Dios hizo el cielo y la tierra*; en nuestra época se ha renovado esta traduccion ridicula, á fin de persuadir que Moisés había enseñado, como los estoicos, la eternidad de la materia.

Tertuliano escribió un libro contra *Hermógenes*, y refutó su raciocinio. Si la materia, dice, es eterna é increada, es igual á Dios, necesaria como Dios é independiente de Dios. El mismo no es soberanamente perfecto, sino porque es el Ser necesario, eterno, existente por sí mismo; y por esta razon es tambien inmutable. Luego: 1.º Es un absurdo el suponer una materia eterna y no obstante formada de mal, una materia necesaria y sin embargo imperfecta ó limitada; tanto valdria decir que Dios mismo, aunque necesario y existente por sí mismo, es un ser imperfecto, impotente y limitado. 2.º Otro absurdo es suponer que la materia es eterna y necesaria, y que no es inmutable, y sus cualidades no son necesarias como ella; que Dios pudo cambiar su estado y darle cierta forma que no tenia. La eternidad ó la existencia necesaria no admite alteracion ni en bien, ni en mal.

Tal es el raciocinio de que Clarke se ha servido para demostrar que la materia no es eterna, y por consiguiente la necesidad de admitir la creacion; pero sin razon se le ha atribuido la invencion. Tertuliano la empleó mil y quinientos años antes que él.

En seguida demuestra que la hipótesis de

la eternidad de la materia no resuelve la dificultad del origen del mal. Si Dios, dice, vió que no podía corregir los defectos de la materia, debió mas bien abstenerse de formar seres que tenían necesariamente que participar de estos defectos. Porque, ultimamente, ¿qué es mejor, decir que Dios no pudo corregir los defectos de una materia eterna, ó decir que Dios no pudo crear una materia exenta de defectos, ni seres tan perfectos como él? En el primer caso se supone que el poder de Dios es contrareestado ó limitado por un obstáculo que se encuentra fuera de él: esto es un absurdo. En el segundo tan solo se deduce que Dios no puede hacer lo que encierra contradiccion, y esto es evidente.

Tertuliano vuelve y revuelve este argumento de diferentes maneras; pero la esencia es siempre la misma, y es una demostracion sin réplica.

Refuta la explicacion que daba Hermógenes á las palabras de Moisés; observa que Moisés no dice *del principio ni en el principio*, como si se tratara de una sustancia, sino que dice *al principio*; luego el principio de los seres fué la misma creacion.

Si Dios, dice tambien, tuvo necesidad de alguna cosa para obrar la creacion, sería de su sabiduria eterna como él, de su Hijo que es el Verbo, y el *Dios Verbo*, pues que el Padre y el Hijo son uno mismo; ¿diria Hermógenes que esta sabiduria no es tan antigua como la materia? Esta es, pues, superior á la sabiduria, al Verbo, al Hijo de Dios; no es él el que es igual al Padre, sino la materia; absurdo é impiedad que Hermógenes no se atrevió á pronunciar.

Por último, Tertuliano hace ver que Hermógenes no es constante en sus principios ni en sus aserciones; que admite una materia, ya corporal, ya incorpórea, ya buena, ya mala; que la supone infinita, y sin embargo sujeta á Dios, luego la materia es evidentemente limitada, porque está comprendida en el espacio; es preciso que tenga una causa, porque nada es limitado sin causa.

Por solo esta exposicion sencilla, preguntáremos, con qué vergüenza los socinianos y sus partidarios se atreven á adelantar que el dogma de la creacion es una hipótesis filosófica bastante moderna, que los PP. antiguos no lo conocieron, que jamás pensaron que se pudiera probar por el texto del Génesis, y que la hipótesis de los dos principios coeternos parece mas propia que la de la creacion para explicar el origen del mal. No nos

seria difícil manifestar el germen de los raciocinios de Tertuliano en S. Justino, que escribió por lo menos treinta años antes. *Cohort. ad græcos*, n. 23.

Si los incrédulos modernos conocieran mejor la antigüedad, no se envanecerian con tanta frecuencia por creerse inventores; lejos de darnos á conocer nuevas verdades, tampoco han podido ni aun forjar errores nuevos. V. CREACION.

Mosheim, buscando siempre en los PP. algo que vituperar, ejerció su censura sobre el libro de Tertuliano contra Hermógenes. Dice que este hereje incurrió en el odio de Tertuliano, no por sus errores, sino por su oposicion á las opiniones de Montano que Tertuliano abrazó. Hermógenes, dice, no negaba la posibilidad física de la creacion de la materia, sino la posibilidad moral, porque le parecia indigno de la bondad de Dios el crear un ser esencialmente malo, tal como la materia; si, pues, Tertuliano le hubiera hecho ver en otra parte el origen del mal, le habría atacado por el principio; el paso que no combatió mas que lo accesorio del sistema. Además, Hermógenes no negaba que Dios no hubiese sido siempre el Señor de la materia. *Hist. crist.*, sec. 4.º, § 70.

Esta critica nos parece injusta bajo todos aspectos. 1.º Con qué derecho pretende Mosheim juzgar de las intenciones de Tertuliano, y obligarnos á atribuirle á él mismo motivos mas puros que los que asigna á este Padre? 2.º Si la materia fuese esencialmente mala, como decía Hermógenes, no sería ni física ni moralmente posible á Dios el crearla. 3.º Tertuliano le demuestra que un ser eterno é increado, tal como supone á la materia, no puede ser esencialmente malo; luego en la hipótesis de la eternidad de la materia no podía ser el origen del mal. 4.º Se hace ver tambien que es un absurdo el suponerla eterna, y añadir que Dios ha sido siempre el Señor de ella; un ser eterno es esencialmente inmutable; luego Dios no podría alterarla. 5.º En esta misma oposicion, Dios sería siempre responsable del mal que hubiera en el mundo; luego Tertuliano refutó sólidamente á Hermógenes, tanto en sus principios como en sus consecuencias. Hablando de esta misma obra, Le Clerc juzgó de un modo mas sensato que Mosheim. *Hist. ecclési.*, an. 68, § 41 y sig.

Hernahutas, Hernautas ó Hernhuter. Secta de entusiastas introducida en nuestra época en Moravia, Viteravia, Holanda é Inglaterra. Sus partidarios se conocen todavía bajo el nombre de *hermanos moravos*;

pero es preciso no confundirlos con los *hermanos de Moravia* ó los *huteritas*, que eran una rama de los *anabaptistas*. Aunque estas dos sectas tengan alguna semejanza, parece que la mas reciente, de la cual hablamos, no se originó de la primera. Los *hernhutas* son llamados tambien *zinzendorfianos* por algunos autores.

Con efecto, el *hernhutismo* debe su origen y sus progresos al conde Nicolás Luis de Zinzendorf, que nació en 1700 y fué educado en Hall en los principios del quietismo. Al salir de esta universidad en 1721, se entregó á la ejecucion del proyecto que habia concebido de formar una sociedad, en la cual pudiese vivir únicamente ocupado en ejercicios de devocion dirigidos á su manera. Se asoció á algunas personas que participaban de sus ideas, y estableció su residencia en Bertholdsdorf, en la Alta Lusacia, tierra de la cual hizo su adjuvicio.

Un carpintero de Moravia llamado *Christian David*, que en otro tiempo habia vivido en aquel pais, indujo á dos ó tres de sus asociados á retirarse con sus familias á Bertholdsdorf. Fueron acogidos con entusiasmo, construyeron una casa en un bosque á media legua de este pueblo. Muchos particulares de Moravia, atraídos por la proteccion del conde de Zinzendorf, vinieron á aumentar este establecimiento, y el mismo conde fué á vivir en él. En 1728 habia ya treinta y cuatro casas; en 1732, el número de habitantes ascendia á seiscientos. La montaña de Hultberg les dió lugar á llamar su habitacion *Hul-Der-Hern*, y despues *Hernhut*, nombre que puede significar la *guardia ó la proteccion del Señor*: de este tomó el suyo toda la secta.

Los *hernhutas* establecieron bien pronto entre sí la disciplina que todavia existe, que les une estrechamente los unos con los otros, que los divide en diferentes clases, que los pone en una completa dependencia de sus superiores, que los sujeta á prácticas de devocion y aun á reglas muy semejantes á las de un instituto monástico.

La diferencia de edad, de sexo, de estado, relativamente al matrimonio, ha formado entre ellos las diferentes clases, á saber: la de los maridos, de las mujeres casadas, de los viudos, viudas, jóvenes de ambos sexos y niños. Cada clase tiene sus directores elegidos entre sus miembros. Los mismos empleos que ejercen los hombres entre sí, se llenan entre las mujeres con personas de su sexo. Hay frecuentes reuniones de las diferentes clases en particular y de toda la sociedad á la vez. Se vigila la instruccion de

la juventud con una atencion particular; el celo del conde de Zinzendorf le llevó á veces hasta tener en su casa una veintena de niños, de los cuales nueve ó diez dormian en su cuarto. Despues de ponerlos en el camino de la salvacion segun lo concebia, los enviaba á sus padres.

Una gran parte del culto de los *hernhutas* consiste en el canto, y le dan la mayor importancia; por medio del canto, dicen, es como principalmente se instruyen los niños en la religion. Los cantores de la sociedad deben haber recibido de Dios un talento particular: cuando entonan á la cabeza de la asamblea, es preciso que lo que canten sea siempre una repeticion exacta y seguida de lo que acaba de ser predicado.

A todas horas del dia y de la noche hay en el pueblo de *Hernhut* personas de ambos sexos encargadas por turno de rogar por la sociedad. Sin reloj de fatiguera, ni de torre, ni despertadores, dicen que son avisados por un sentimiento interior de la hora en que tienen que cumplir con este deber. Si advierten que se introduce la relajacion en su sociedad, reaniman su celo celebrando los agapes ó comidas de caridad. El medio de la suerte está muy en uso entre estos; se sirven de ella con frecuencia para conocer la voluntad del Señor.

Los ancianos son los que hacen los matrimonios, ninguna promesa de casarse es válida sin su consentimiento: los jóvenes se dedican al Salvador, no para permanecer siempre solteras, sino para no casarse sino con un hombre respecto del cual Dios les haya dado á conocer con certeza que está regenerado, instruido de la importancia del estado conyugal, y conducido por la direccion divina á entrar en este estado.

En 1748, el conde de Zinzendorf hizo recibir á sus hermanos moravos la confesion de Augsburgo y la creencia de los luteranos, manifestando no obstante una inclinacion poco mas ó menos semejante para todas las comuniones cristianas: declara tambien, que no hay necesidad de cambiar de religion para entrar en la sociedad de los *hernhutas*. Su moral es la del Evangelio; pero en materia de opiniones dogmáticas tienen el carácter distintivo del fanatismo, que es rechazar la razon y el raciocinio, y exigir que la fe sea producida en el corazon por solo el Espíritu Santo.

Segun su opinion, la regeneracion nace por sí misma, sin que haya necesidad de hacer nada para cooperar á ella; desde el momento que se está regenerado, se hace

uno ya un ser libre: no obstante, el Salvador del mundo es el que obra siempre en el regenerado, y quien le guia en todas sus operaciones. Tambien se encuentra reconcentrada en Jesucristo toda la divinidad, es el objeto principal ó mas bien el único del culto de los *hernhutas*: le dan los nombres mas tiernos, reverencian con la mayor devocion la herida que recibió en su costado sobre la cruz. Jesucristo es reputado el esposo de todas las hermanas, y los maridos no son, hablando propiamente, mas que sus procuradores. Por otra parte, las hermanas *hernhutas* son conducidas á Jesus por el ministerio de sus maridos, y se puede considerar á estos como los salvadores de sus esposas en este mundo. Cuando se hace un matrimonio, es que habia una hermana que debia ser conducida al verdadero esposo por el ministerio de un procurador.

Este detalle de la creencia de los *hernhutas* está sacado del libro de Isaac Lelong, escrito en holandés, bajo el título de *Maravillas de Dios respecto á su Iglesia*. Amsterdam, 1735, en 8°. No le publicó sino despues de haberlo puesto en conocimiento del conde de Zinzendorf. El autor de la obra titulada *Londres*, que habia conferenciado con algunos *hernhutas* de Inglaterra, añade, t. 2.º, p. 196, que consideran al antiguo Testamento como una historia alegórica, que creen en la necesidad del bautismo; que celebran la cena á la manera de los luteranos, sin explicar cuál es su fe respecto á este misterio. Despues de haber recibido la Eucaristía, dicen que se encuentran arrojados en Dios y trasportados fuera de sí mismos. Viven en comun con los primeros fieles de Jerusalem; entra en la masa comun todo lo que ganan, y no sacan de ella mas que lo estrictamente necesario: los ricos ponen en este fondo limosnas considerables.

Esta caja comun, que llaman *la caja del Salvador*, está destinada principalmente para subvenir á los gastos de las misiones. El conde de Zinzendorf, que las miraba como la parte principal de su apostolado, envió á sus compañeros por casi todo el mundo: él mismo corrió toda la Europa, y estuvo dos veces en América. Desde 1733, los misioneros del *hernhutismo* habian ya pasado la linea para ir á catequizar á los negros, y penetraron hasta las Indias. Segun los escritos del fundador de la secta en 1749, sostenia hasta mil obreros evangélicos esparcidos por todo el mundo: estos misioneros habian ya hecho mas de doscientos viajes por mar. Veinte y cuatro naciones despertaron de su

letargo espiritual. Se predicaba el *hernhutismo*, en virtud de una vocacion legitima, en catorce lenguas, á veinte mil almas por lo menos: por último, la sociedad contaba ya con noventa y ocho establecimientos, entre los cuales habia algunos castillos grandes y magníficos. Sin duda alguna es una exageracion este detalle, como hay fanatismo en los pretendidos milagros por los cuales este mismo conde sostenia que Dios habia protegido los trabajos de sus misioneros.

Esta sociedad posee, segun se dice, á Bethlehem en Pensilvania, tiene un establecimiento entre los hotentotes, en las costas meridionales del Africa. En la Veteraria domina, á Marieborn y á Hernhaug; en Holanda florece en Isselestein y en Zeist: sus sectarios se multiplican en este pais, principalmente entre los menonitas y anabaptistas. Hubo un gran número en Inglaterra, pero no hacen gran caso de ellos los ingleses: los consideran como fanáticos engañados por la ambicion y la astucia de sus jefes. Sin embargo, hemos visto en Francia, hace poco, al patriarca de los hermanos moravos, encargado de una negociacion importante por el gobierno de Inglaterra.

En su tercer sinodo general, celebrado en Gotha en 1740, el conde de Zinzendorf dejó la especie de episcopado al cual se habia creído llamado en 1737; pero conservó el cargo de presidente de su sociedad. Renunció tambien á este empleo en 1743, para tomar el título mas honroso de plenipotenciario y administrador general de la sociedad, con el derecho de nombrar un sucesor. Se concibe que los *hernhutas* conservan la mas profunda veneracion á su memoria. En 1778, el autor de las *Cartas sobre la historia de la tierra y del hombre* vió una sociedad de hermanos moravos en Neuwied, en Westfalia; le pareció que conservaban la sencillez de costumbres y el carácter pacífico de esta secta; pero reconocia que este espíritu de dulzura y de caridad no puede subsistir mucho tiempo en una gran sociedad. *carta 98. t. 4, p. 262.* Segun el cuadro que hace de ella, se puede llamar al *hernhutismo* el monaquismo de los protestantes.

Pero no todos tienen la misma idea de ellos. Mosheim se ha contentado con decir que si los *hernhutas* tienen la misma creencia que los luteranos, es difícil adivinar por qué no viven en la misma comunión, y por qué se separan de ellos á causa de algunos ritos ó sustituciones diferentes. Su traductor inglés le ha echado en cara esta blanda indulgencia; sostiene que los principios de esta secta

abren la puerta á los excesos mas licenciosos del fanatismo. Dice que el conde de Zinzendorf enseñó terminantemente, « que la ley, para el verdadero creyente, no es una regla de conducta; que la ley moral es solo para los judíos; que un regenerado no puede pecar contra la cruz. » Pero esta doctrina es muy diferente de la de Calvino. Cita, según este mismo sectario, máximas relativas á la vida conyugal, y expresiones que el pudor no nos permite copiar. El obispo de Gloucester acusa también á los *hermistas* de muchas abominaciones; dice que no merecen ser puestos en el número de las sectas cristianas, como ni tampoco los turlupinos ó *hermanos del espíritu libre* del siglo XIII, secta igualmente impía y libertina. *Hist. eccl. de Moshem, t. 6, p. 23, nota.*

Los que quieren disculpar á los hermanos moravos, responden que todas las acusaciones dictadas por el espíritu de partido y por el odio teológico, no prueban nada; que se han hecho no solo contra las antiguas sectas heréticas, sino también contra los judíos y contra los cristianos. Esta respuesta no nos parece sólida; los judíos y los primeros cristianos jamás enseñaron una moral tan escandalosa como la de los hermanos moravos y las demás sectas acusadas de libertinaje; y esto establece una gran diferencia.

Como quiera que sea, la secta fanática de los *hermistas*, formada en el seno del luteranismo, jamás le hará mucho honor.

Herodíanos. Secta de judíos de la cual se habla en el Evangelio de S. Mateo, xxii, 46; de S. Marcos, m, 6; xn, 43. Antes de indagar lo que era esta secta, bueno será notar que en el nuevo Testamento se hace mención de tres diferentes príncipes, que llevaron todos el nombre de *Herodes*.

El primero fué Herodes Ascalonita, llamado el Grande, natural de la Idumea, y célebre por su crueldad. El es quien hizo reedificar el templo de Jerusalem; y noticioso del nacimiento del Salvador en Belen, mandó degollar á todos los inocentes. Murió roído de gusanos un año después del nacimiento de Jesucristo, según algunos historiadores, y dos ó tres, según otros.

El segundo fué Herodes Antipas, hijo del anterior: este es el que hizo cortar la cabeza á S. Juan Bautista, y á quien fué presentado Jesucristo en su pasión por orden de Pilatos. El emperador Calígula le desterró á Lyon con *Herodíadas*, donde murió reducido á la mayor miseria hacia el año 37 de Jesucristo.

El tercero fué Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo, y nieto de Herodes el Grande,

Por complacer á los judíos hizo matar á Santiago el Mayor, hermano de S. Juan, y prender á S. Pedro, que se libró de la cárcel por un milagro. *Act.*, xn. Fué herido por Dios en Cesarea, por haber admitido las adulaciones impías de los judíos, y murió de enfermedad pedicular ó comido de piojos el año 42 de Jesucristo. Tuvo por sucesor á su hijo Agripa II: ante este defendió su causa S. Pablo en Cesarea. *Act.*, xxv, 43. Fué el último rey de los judíos y testigo de la toma de Jerusalem por Tito.

Los comentaristas de la Escritura no están de acuerdo respecto á los *herodíanos*; Tertuliano, san Jerónimo y otros santos Padres la tienen por una secta de judíos, que tuvo por el Mesías á Herodes el Grande. Casaubon, Escaligero y otros piensan que era una cofradía que se instituyó en honor de Augusto, de Adriano y de Antonino: estas dos opiniones no son sólidas á los ojos de otros críticos. Jesucristo, dicen, llamó *fermento de Herodes* al sistema de estos sectarios: es preciso, pues, que este príncipe haya sido el autor de alguna opinión peligrosa que caracterizase á sus partidarios: ¿cuál podía ser esta opinión?

Por dos motivos desagradaba Herodes extraordinariamente á los judíos: el primero porque sujetó su nación al imperio de los romanos; el segundo, porque introdujo en la Judea muchas prácticas paganas por complacer á estos señores imperiosos. Jesucristo, lejos de reprender la obediencia á los romanos, dió de ella ejemplo y lecciones: es preciso, pues, que el *fermento de Herodes* sea el segundo artículo, esto es, la opinión en que estaban Herodes y sus partidarios, de que se pueden hacer actos de idolatría, cuando los manda una fuerza mayor. Herodes seguía efectivamente esta máxima, y Josefo nos enseña que, por adular á Augusto, hizo que se edificase un templo en honor de este príncipe, y que edificó otros varios para el uso de los paganos; que después se excusó con su nación, diciendo que estaba precisado á ceder á la necesidad de los tiempos. *Antigüedades judaicas, l. 14, c. 43.* Siempre están seguros de encontrar partidarios los príncipes menos religiosos.

Los saduceos, que no creían en la vida futura, probablemente adoptaron el *herodíatismo*, porque los mismos hombres á quienes se da el nombre de *herodíanos* en el c. 46 de S. Mateo, son llamados saduceos en el de S. Marcos, vn, 45. Esta secta desapareció después de la muerte del Salvador, y perdió su nombre cuando se dividieron los

estados de Herodes. *Disert. sobre las sectas judaicas en la Biblia de Arignon, l. 13, p. 218.*

Herustianos. Sectarios de Filman Herustio, ministro protestante que profesó el arrianismo y otros errores en el siglo XVI; es una de las ramas del socinianismo.

Hesicastas. Palabra que sale del griego *hesicasia*, que quiere decir, *tranquilo, ocioso*: se llamaron también así los monjes griegos contemplativos, que á fuerza de meditaciones se los trastornó el entendimiento, y dieron en el fanatismo. Para procurarse éxtasis fijaban sus ojos en el ombligo, deteniendo la respiración, entonces creían ver una luz resplandeciente, y se persuadieron que esta luz era una emanación de la sustancia divina, una luz increada, la misma que vieron los apóstoles en el monte Tabor en el día de la transfiguración de Jesucristo.

Principió esta demencia en el siglo XI, y se renovó en el XIV, singularmente en Constantinopla: reunidos muchas disputas, ocasionó muchas reuniones de obispos, dió motivo á censuras, y á escribir muchas obras en pro y en contra. Los *hesicastas* tuvieron al principio por contrario al abad Barlaam, natural de la Calabria, monje de S. Basilio, y después obispo de Gieraci. Visitando los monasterios del monte Atos, condenó esta locura de los monjes, los trató de fanáticos, los llamó *masabianos, equívocos ó umbilicarios*, pero Gregorio Palamas, monje también y arzobispo de Tesalónica, tomó su defensa é hizo condenar á Barlaam en un concilio de Constantinopla en el año 1344.

Palamas sostenía, que Dios habita en una luz eterna, distinta de su esencia, que los apóstoles vieron esta luz sobre el monte Tabor, y que podía recibir una porción de ella cualquiera criatura. Halló un antagonista en otro monje llamado Gregorio Azindino, que decía, que los atributos, las propiedades y las operaciones de la Divinidad no eran distintas de su esencia, y que por lo mismo una criatura no podía participar de ellas sin recibir toda la esencia divina; pero este fué condenado igualmente que Barlaam en un nuevo concilio de Constantinopla, año de 1351.

Los protestantes tomaron ocasión de lo absurdo de esta disputa para declamar contra los místicos en general, y contra la vida contemplativa; pero un acceso de demencia, que atacó á los monjes del monte Atos, solo prueba la debilidad de su cabeza. Bien puede uno habituarse á la meditación, sin que por eso pierda el juicio, como también puede ser loco el que nunca fué contemplativo.

Heterodoxos. Se llaman así las perso-

nas y los dogmas por contradicción á la palabra *ortodoxo*; es una voz formada del griego *orthos*, que quiere decir *otro*, y de *doxa, sentir, opinion*. Un escritor *heterodoxo* es aquel que sostiene y enseña una doctrina distinta de las verdades que Dios ha revelado. En una religion, cuyo autor es el mismo Dios, nadie puede separarse de la revelacion sin caer en el error. Pero la revelacion no llega á nosotros por sí misma, y sin algun medio exterior: Dios no nos revela las verdades que creemos inmediatamente y por nosotros mismos. La dificultad está, pues, en saber por qué medio podemos ciertamente discernir que Dios ha revelado esta ó la otra doctrina, y esta es la cuestion que principalmente divide á los católicos y protestantes.

Estos dicen que el medio que Dios destinó para instruirlos de la revelacion es únicamente la Sagrada Escritura, que es la palabra de Dios; que todo aquel que cree en la Sagrada Escritura, cree todo lo que Dios ha revelado, y que por consiguiente no puede ser culpable de error, ni de *heterodoxia*.

Los católicos, al contrario, sostienen que la Sagrada Escritura no puede ser para todos los hombres el órgano de la revelacion. En efecto, este libro divino no sirve para los infieles, quienes no tienen de él ningun conocimiento: nada dice ni enseña á los que no saben leer; tampoco sirve para la instruccion de aquellos que por su limitada inteligencia no pueden conocer su verdadero sentido; antes bien puede ser para ellos ocasion de error. Aun cuando algun infiel hallase por casualidad una Biblia puesta en su idioma nativo, ¿cómo pudiera convencerse de que ella es la palabra de Dios, que todo lo que contiene este libro es la pura verdad, y que está obligado á creer en él? Si lo piensa así, porque se lo asegura un misionero, no lo cree por la palabra escrita, sino por el concepto que formó del misionero. Desde los apóstoles hasta nosotros no hay un solo ejemplo de un fiel convertido á la fe por la sencilla lectura de los libros sagrados. Tampoco san Pablo dice que la fe viene de la lectura sino del *oído*: *Fides ex auditu*. De donde inferen los católicos que el medio establecido por Dios para darnos á conocer las verdades reveladas, es la voz de la Iglesia, ó la doctrina constante y uniforme de los pastores revestidos de una mision divina, auténtica é indisputable. Tal es en efecto el medio con que Dios ilustró y convirtió á las naciones infieles que abrazaron el cristianismo. De aqui se infiere tambien que todo dogma contrario á lo que cree y en-